

La hija del maestro

El amor dominante de Jesús



WILLIAM REID (1822-1881)

LA HIJA DEL MAESTRO

El amor dominante de Jesús

Contenido

1. Su amor por Jesús..... 3
2. Su conversión..... 6
3. Su búsqueda de Cristo cuando era niña..... 7
4. Su testimonio a los demás 8
5. Su esperanza en la muerte 10

© Copyright 2021 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *The Teacher's Daughter*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org.

LA HIJA DEL MAESTRO

El amor dominante de Jesús

Mary Ann Whyte era la hija de un maestro en Inverness-shire, quien murió hace poco tiempo regocijándose en Jesucristo, a la temprana edad de diecisiete años y seis meses.

1. Su amor por Jesús

Una noche, antes de verse confinada a la cama, abrió su mente a su padre. En una ocasión, dijo: “Pronto y para siempre llevaré una corona de gloria y una túnica blanca asegurada para mí en mi amado Jesús desde la eternidad. ¡Oh, cuánto anhelo estar con él!” Su deleite espiritual en Jesús fue intenso. A menudo decía: “Él me amó y se entregó a sí mismo por mí”. “Oh amor del cielo, ¿quién puede amarte? ¿No eres tú del todo hermoso? Te amo, dulce Jesús y sé que me amas ‘con un amor eterno’. Anhelo verte y disfrutarte en tu gloria. ¡Ven! oh, ven y llévame a casa, porque no puedo vivir sino en tu presencia”.

Su gran fuente de ayuda y consuelo fue la Biblia. Una noche cantaron en adoración parte del salmo 45:

*“Serán traídas con alegría y gozo;
Entrarán en el palacio del rey.”*

y al final, le susurró a su padre; “Aquel es la forma en que me iré a casa”; y cuando se le volvieron a leer esos versos, su efecto sobre ella fue indescriptible. Los libros narrativos, incluso del Antiguo Testamento, también la instruyeron y le señalaron a Jesús. Cuando su padre le

leyó un día del Éxodo, sobre el arca, el testimonio, el propiciatorio y los querubines, ella exclamó abrupta y fervientemente: “¡Oh, ahí está, mi dulce Dios!” Su padre preguntó: “¿Dónde?” “En el arca”, respondió ella, “con la ley, el amor perfecto a Dios y el hombre en su corazón, y (¡oh, la admiración de los ángeles!) En el propiciatorio, en donde en él podemos encontrarnos con el Padre en paz y regocijarnos con el juicio”. Y después de una breve pausa, dijo con una dulce sonrisa: “Quiero palabras para expresar lo que veo y siento”. Cuando su padre le preguntó cómo era que había tenido una visión del significado del pasaje, ella respondió: “Quienquiera que tome la llave, Cristo, puede entender la Biblia”.

En ocasiones estallaba de repente en expresiones como: “¡Tu amor me vence, mi dulce Jesús! Me has amado desde toda la eternidad. Con el tiempo me llamaste; y más, siendo aún joven, me llevas desde la casa de dolores del desierto a tu pleno disfrute y comunión, *todo, todo* en amor, amor que me vence”.

Una noche, cuando su padre le preguntó repetidamente si estaba dormida, ella respondió en voz baja y dulce: “No, pero tengo miedo de hablar”. ¿Por qué? “Oh, pensé que los brazos de mi Amado estaban alrededor de mí llevándome a casa, y estaba tan feliz, y me siento aún tan feliz, que tengo miedo de hablar por temor a alejarlo”; y al decir esto volvió a cerrar los ojos en silencio.

Pero parecía como si esta comunión fuera otorgada para prepararla para una dolorosa tentación. Su padre le preguntó por la mañana como de costumbre: “¿Qué alegría tienes ahora?” “De hecho”, dijo ella, “mi alegría no es tan buena hoy”. “¿A qué se

debe eso?” “El enemigo me preocupa”, dijo. “¿Te hace dudar de tu interés en tu Amado?” “No”, dijo ella con aire triunfal, “él no se atrevió a hacer eso, porque sabe que estoy segura; pero trata de aterrorizarme con el miedo a la muerte, diciéndome que es terrible morir y que las agonías de la disolución son terribles; y me dice: ‘¿Por qué el Señor no puede llevarte a casa como a otros, sin sufrir los dolores de la muerte?’ Sé que esta es la hora y el trabajo del enemigo, e intento resistir”. ¿Como? “Considerando que, aunque algunos llegan a casa sin saborear la muerte, sin embargo, todos, *menos dos*, pasaron por las puertas de la muerte; y además, no puedo dejar de reprocharme el tener miedo de morir, cuando recuerdo con qué dulzura y alegría partieron mi querida madre y mi hermana. ¡Oh, no fue sino caer suavemente en los brazos del sueño!” Al poco rato agregó: “Sé que esto no afecta mi salvación eterna, pero estas sugerencias cobardes me incomodan mucho”. Después de la oración, su padre le preguntó si el enemigo le dijo quién tenía la llave de la muerte. sobre lo cual exclamó con alegría: “*Oh, ahora lo veo*. Mi querido Jesús tiene las llaves de la muerte y del infierno, para darme un paso fácil a través de uno y para encerrar al enemigo cobarde en el otro. ¡Qué lástima! que olvide mi llave. Ahora veo, además, que me lleva a casa por un camino mejor, el camino que él mismo tomó: ‘La carretera del Rey’; mientras que aquello por lo que Enoc y Elías fueron, en comparación, ¡fue un desvío!”

Cuando se le preguntó si pensaba si a su felicidad se sumaba tener la perspectiva de reunirse con sus queridos parientes en la gloria, respondió con profunda solemnidad: “Bueno, he estado tratando de pensar en eso y me brinda un consuelo y un gozo indescriptibles

el creer que están delante de mí en el cielo; pero sea lo que sea en lo que pienso, mi mente está siempre en él. Oh, ¿quién podría pensar o *mirar* a otro? ¿No es completamente encantador? ¡Te amo, dulce Jesús! ¡Ven! ¡Ven! ¿Por qué se tardan las ruedas de tu carruaje?”

2. Su conversión

Cuando se le preguntó si estaba *segura* de que lo amaba, respondió con mucho ánimo: “Estoy tan segura de eso, sí, él me lo ha asegurado, tan segura como cuando lo digo; sí, más segura, porque, colocando su mano sobre su pecho, continuó, él lo ha escrito aquí, y puedo decirte la *hora y el lugar, cuándo y dónde* me manifestó su amor y me hizo amarlo con un amor duradero; y esa fue la noche en la que escuché al Sr. Brownlow North en Inverness. Su sermón fue: ‘¿*Irías con este hombre?*’ Pensé, cuando él estaba en el curso de su sermón, exponiendo el carácter del Hombre Jesús y mostrando su incomparable amor a los pecadores caídos, que mi corazón se estaba abriendo correspondientemente; pero cuando, en la aplicación, gritó como con la voz de Dios: ‘¡Escuchen, escuchen! ¡El Señor del cielo, la maravilla de los ángeles, el deleite de los santos y el deseo de las naciones, ahora se ofrece gratuitamente a ti como tu todo en todo, por el tiempo y la eternidad! ¡Oh, lo tomarás, *lo tomarás, lo tomarás!* ¡Esta puede ser la última oferta que puedas tener de él! ¿Lo dejarás ir? Oh, no, no lo hagas. Pensé que mi alma era una llama de amor por él. No lo haría, no podría, no lo dejé ir. Sé que los que estaban a mi alrededor estaban notando mi estado, pero no pude contenerme. Estaba abrumada por el amor, un amor

que me obligaba a amarlo; y desde entonces hasta ahora, y creo que por toda la eternidad, no puedo pensar en nadie más que en él mismo. Oh, su amor está escrito profundamente aquí (poniendo su mano sobre su corazón), y, como muestra de su amor por mí, pronto me concederá mi deseo, y es que donde él esté, allí pueda estar yo también.”

Con frecuencia volvía a ese día de su adopción y se preguntaba si podría haber un alma *allí* que pudiera dejar pasar una oferta tan gloriosa. La última vez que estuvo en la iglesia, ese sermón fue su tema de ida y vuelta. Apreciaba con el afecto más cristiano al Sr. North, aunque nunca lo vio ni lo escuchó después. Al enterarse, el día del Señor antes de su muerte, que él estaba en Nairn, dijo: “Me pregunto si podrá seguir adelante pronto”; pero cuando le dijeron que no sería hasta dentro de quince días, le dijo a su padre: “Entonces estaré en la gloria, pero no importa, pronto lo veré allí; pero si lo ves, cuéntale de mi caso, para animarlo a gastar y a gastarse en declarar a todos el amor vencedor de Jesús”. Y agregó: “¡Oh, que mi voz se pudiera escuchar de un polo a otro, para que pudiera contarles lo deslumbrante que es su amor! y no veo cómo alguien podría no amarlo”.

3. Su búsqueda de Cristo cuando era niña

Cuando se le preguntó acerca de su estado antes de escuchar al Sr. North, dijo que durante años había estado plenamente convencida de que la salvación solo se podía lograr mediante la unión real con Cristo mediante la fe, y especialmente desde la muerte de su madre, que sucedió once meses antes de la suya, había hecho su más serio esfuerzo por tomarlo, pero nunca

pudo estar satisfecha de estar capacitada para hacerlo hasta *ese momento*. Pero agregó: “Sé que ahora creo. Con la misma certeza que no dudo de mi existencia”.

Su padre, ansioso por saber cómo se había sentido desde la infancia, le preguntó: “¿A qué edad comenzaste a tener algún pensamiento serio?” “Bueno, te lo diré, aunque te parezca extraño; cuando era muy joven, no puedo decir cuán joven podría ser, pero creo que no tenía más de siete años en ese momento, tuve dos sueños que dejaron una impresión indeleble en mi mente y, lo sé, tuvieron el efecto correspondiente en mi conducta a lo largo de mi vida”. El primer sueño detallaba el terror que experimentó al ver espíritus malignos fuera de la casa en forma de perros; y el otro, la tranquilidad que obtuvo al ver la sangre de Jesús.

4. Su testimonio a los demás

Mary Ann anhelaba profundamente que todos pudieran conocer el amor de Jesús y ser salvos. Con frecuencia rogaba a los inconversos que la visitaban que vinieran a Dios a través de Jesucristo, y casi no podía separarse de ninguno de ellos hasta que recibía la promesa de que creerían en su nombre. “Pero recuerda”, decía ella, “no te bastará con creer que eres un pecador perdido y que Cristo puede salvarte. Debes *tomarlo*. Debes *recibirlo* como *tu propio Salvador*, o él no podrá salvarte más de lo que el pan común puede sostener tu vida natural, a menos que lo tomes y lo comas, por mucho que sientas que lo necesitas y creas que *puede* sostenerte.” Cuando se manifestaba alguna indiferencia de su parte, ella se conmovía profundamente y decía: “¡Oh! ¿Cómo puedo separarme de ti como uno sin Cristo que, por lo tanto, va por el

camino de los tormentos eternos, y sin embargo, puedes ser salvo si lo *tomas*? ¡Oh, no lo tomaras! ¿Cómo puedes vivir sin él o morir sin él? ¿Qué sería yo hoy si no lo tuviera? Pero lo *tengo*. Lo *tengo* y, por lo tanto, como puedes ver, no solo no le tengo miedo a la muerte, sino que anhelo partir. ¡Piensa! ¡oh, piensa! ¿Cuáles serán tus pensamientos y tu estado cuando vengas a morir, si no tienes parte en Cristo? Ven y míralo, y estoy seguro de que no podrás dejar de amarlo, porque es absolutamente encantador”. Cuando una mujer dijo que era demasiado tarde para venir a Cristo, derramó lágrimas. A otra, que se refugió en la teología cuando se le presionó para venir a Jesús, y que afirmó que como la fe era un don de Dios, nadie puede creer hasta que Dios obra la fe en su alma, ella dijo: “Sí, yo sé que la fe es el don de Dios obrado en el alma por el Espíritu de Dios; pero, observa, él te manda a creer; ahora intenta hacerlo, solo porque él te lo ordena, y en la proporción en que trates de creer, así te permitirá creer, no porque lo intentes, sino por su gran nombre. El Espíritu, obra la fe en el corazón al ayudarnos en nuestros esfuerzos por creer; así que, si no tratas de tomar, o en otras palabras, de creer, no tienes motivos para esperar que alguna vez creerás, como tampoco que el hombre podría recuperar su mano seca, si el no hubiera, usando la habilidad que le fue dada, intentado levantarla en obediencia al mandato divino. Oh, entonces acércate a él y, según su propia orden, ‘*pide*’ y únete a él en oración ferviente con su propia promesa, ‘y se te dará’, y no vendrás a él en vano”.

Estaba profundamente preocupada por el mundo que perecía y decía: “¡Oh! Estoy afligida por el mundo. ¡Qué terrible es pensar en su estado precedero y que

es tan fácil ser salvo, nada más que *tomar y vivir*, y sin embargo, qué pocos lo tienen!”

5. Su esperanza en la muerte

Solo en su amado Jesús reposaba toda su esperanza de salvación. Unos días antes de su muerte, estando en un elevado estado de ánimo, se le preguntó: “¿Te atreverías ahora a partir, apoyándote en tu estado de ánimo?” “Sobre nada más que Cristo, sobre nadie más que Cristo”, fue su pronta respuesta, “los estados y los sentimientos son dulces; pero confiar en ellos es como fijar el ancla en el barco en lugar de fijarla en la roca”.

Su opinión de sí misma era muy humilde. Cuando su padre dijo: “Me temo que en la abundancia de manifestaciones tan llenas de gracia te olvides de lo que eres en ti misma, o seas exaltada sobremanera”; ella respondió: “¡Imposible! sino más bien, cuanto más veo de su amor, más me humillo en mí misma; pero no vale la pena quejarse, sino alegrarse”.

Dos días antes de su muerte, cuando su padre le preguntó: “¿Qué alegría tienes ahora?” Ella respondió: “Buen ánimo, si pudiera decirme que mi Amado vendría y me llevaría a casa antes de la noche”. A menudo decía: “¿Por qué tardan las ruedas de su carro?” Sufrió mucho, y a la mañana siguiente dijo, mientras fijaba los ojos en su padre: “¡He aquí que viene el Esposo! ¿No crees que ahora está cerca?” Al recibir una lenta respuesta afirmativa, añadió: “Sí, y la novia se ha preparado, sí, él me ha dado toda la disposición”. “Sé que los dolores de la muerte están sobre mí, pero no lo temo. Él mismo estuvo tres horas en los dolores de la muerte, y si me deja ese mismo tiempo, llegaré a casa a la *una*; y ¡oh, qué hora tan

alegre!” Al observar a su padre angustiado a causa de sus grandes sufrimientos, dijo: “Estoy angustiada. No puedo decir si mi dolor o mi debilidad es mayor; y mi debilidad es tal que siempre siento como acabara de desmayarme; pero” continuó, poniendo su mano sobre su pecho, “Él me da tal gozo que preferiría estar para siempre con él como estoy, que gozar de salud y tener todo el mundo sin él”. Al poco rato añadió: “Pero no me dejará mucho tiempo en este estado. Creo oír su voz que me dice: ‘Ven conmigo desde el Líbano’. Oh, qué poco pensaré en esto dentro de un millón de años”.

No temía la tumba lúgubre; pero, por el contrario, podía triunfar sobre ello. “Allí”, decía ella, “descansaré del pecado y del sufrimiento, *allí* mi rocío será como el rocío de las hierbas, y *allí*, en unión con mi amado Jesús, mi cuerpo reposará dulcemente hasta la gloriosa mañana de la resurrección, cuando la tierra no pueda retenerme más, sino a su mandato, échame para disfrutarlo, en alma y cuerpo, por toda la eternidad”.

Aproximadamente doce horas antes de morir, quiso hablar con el pequeño remanente de la casa de su padre, y al ser llevada a su cama, dijo lo siguiente: “Los he llamado para verles una vez más y exhortarles por última vez y estar segura de su interés en Jesús. *Tómenlo* y serán feliz en la vida y en la muerte. Ahora me estoy muriendo, y ven lo feliz que soy, solo porque lo tengo a él. Oh, *tómenlo* y todos nos encontraremos todavía en la felicidad de no separarnos más”. Luego se acostó muy agotada y estrechó la mano de cada uno de los del grupo de dolientes y dijo: “No los veré más aquí. Oh, Señor, ¡bendícelos y guárdalos!”

Cuando el reloj dio las doce, su padre dijo: “Es el comienzo del sábado”. “Sí”, dijo, “y el principio de un

sábado eterno para mí”. Al recibir una cucharadita de vino y agua una hora antes de su muerte, dijo: “No beberé más del fruto de la vid, hasta que lo beba nuevo en el reino de Dios”. Ahora estaba muy débil y su voz casi se apaga; pero, al escuchar cómo sus labios se movían, su padre escuchó que ella se mantenía en la promesa: “Nunca — nunca — nunca — te dejaré — yo — nunca — nunca — nunca — te desampararé”. También se le oyó tratar con mucha dificultad de repetir lo siguiente: “Pronto este estado terrenal, disuelto, en muerte y ruinas yacerá, etc.” “Tales-son-las-esperanzas-que-animan-los-justos.” Aquí su voz vaciló y no pudo decir más. Vivió y murió en la feliz seguridad del amor de su Salvador; y sus restos fueron depositados junto a los de su amada madre y sus dos hermanas, en el patio de la iglesia de Dores, para esperar la venida de su Señor y la gloria de la primera resurrección.

Estimado lector: “Te ruego, por la misericordia de Dios”, que “*tomes a Jesús*” como tu propio Salvador, como lo tomó Mary Ann Whyte, y lo ames, como lo amó; y, “viviendo o muriendo”, serás del Señor.

—*William Reid*

